

OCTUBRE

P O R V I C T O R . D E L A S E R N A

Hitler en territorio sudeta. Fiesta de La Raza. Fiesta de los Caídos.



Un viejo amigo de España., el Dr. Franz Ritter von Goss, periodista, y doctor en ciencias económicas y comandante del Ejército en su país, me escribe con fecha 3 de Octubre: «Ya sabes que aunque catorce años en España me han dado una dulce propensión a la ternura, soy sin embargo un hombre que se asombra pocas veces y se emociona menos. Puedo asegurarte que lo ocurrido ayer día 2 de octubre en el territorio sudeta irredento me ha asombrado y me ha hecho saltar las lágrimas. He acompañado al «Führer» en su entrada triunfal. Jamás podré por escrito darte una impresión exacta del suceso. Necesitaré para ello, hablar, gesticular, acionar como un español. ¡Qué lástima que no hayas estado aquí!»

Efectivamente, nuestro antiguo amigo tiene razón. ¡Qué lástima!

Sin embargo, algo podemos imaginarnos los que hemos entrado en los pueblos de la España irredenta, precisamente para redimirlos y para libertar a nuestros hermanos.

Adolfo Hitler, cuyo asombroso sentido común es para mí su cualidad sobresaliente y más admirable, percibía ya hace años la gimiente llamada de sus compatriotas de toda Europa, sometidos a estados extraños, humillados por razas forasteras, hollados por botas de aventureros que, además, obedecían a poderes infernales que luchan contra lo que es esencialmente amado de la raza germana: el honor, la verdad, el valor y la disciplina. Libertar aquellos alemanes exigía mucho riesgo, mucha responsabilidad y mucho sentido común.

Desde su primer discurso de Nuremberg, el «Führer» compareció ante el mundo con un impresionante aire de patriarca que deficiente a sus hombres. Su ira era santa como la ira bíblica. Porque la ira es el único pecado capital que puede llegar a la santidad.

Se movieron todas las argucias tradicionales de los países viejos y cueros y los más desacreditados y manidos procedimientos de «dar largas» se pusieron en marcha entre frases amables, distinguidas, reverencias y futuros condicionales en las cancellerías.

Se «estudiaría» se «resolvería», «se consultaría». Pero la voz sacra del conductor, como la de un padre de familias, tembló de nuevo con una exigencia imperiosa. Todo se conjuraba contra él y él, firme en su demanda, apareció hasta el último instante resuelto a afrontarlo todo, con unas palabras irrevocables y con una severidad y un rigor que obligó a pensar a los demás. Él hablaba con la verdad, con elementos primarios y puros, llamando a las cosas por su nombre, mirando inexorablemente la marcha lenta del sol, el paso de las horas, la cercanía del plazo, su inminencia. Finalmente ante un hombre hincado en medio de Europa con la rigidez de un obelisco o de un menhir, recto como una espada, con la frente iluminada de verdad y de razón y de lealtad, todas las viejas argucias liberales cayeron como un andamio de paja.

Amaneció el día 2 de octubre con un sol dorado de otoño tibio sobre las dulces tierras de la Alemania sudeta, cuando las bayas de los abetos empiezan a destilar la resina acaramelada que les gusta a las ardillas y cuando se tuestan con un color de cobre los álamos y los tilos. Era la época en que los campesinos alemanes cuentan el producto del trabajo de todo el año. Termina entonces su ciclo agrario y empieza su adiento, su preparación para el año futuro. Pero la cosecha este año era de lágrimas y miseria y persecución. Había sangre de alemanes inermes en los látigos de los verdugos. Y de pronto un bálsamo inefable por toda la gran comarca cura las heridas y eleva los corazones. Y como una gran caja musical resuena la tierra sudeta con las viejas y amadas canciones y con los solemnes y mayestáticos compases de los himnos imperiales: «Alemania sobre todo, en el mundo».

Sencillo, sin más condecoración que su cruz de guerra en la sobria «polaca» del uniforme «nazi», Adolfo Hitler de pie, en su «mercedes», saluda con una sonrisa simplísima y paternal. Nadie adivinaría que horas antes, aquella faz tan serena estaba ensombrecida por millones de espectros y tenía tirantes los nervios como cuerdas de una ballesta pronta a disparar. Brazos en alto, humanas palmas moviéndose al viento de la paz, señalaban su paso, como las almas de Jerusalem. Solamente los que iban muy cerca, muy cerca, notaron que en las pestañas del «Führer» brillaba un puntito de luz tibia y líquida.

Cuando el padre de familias salva la vida de sus hijos, primero tiembla de ira, luego sonríe y, finalmente se conmueve.

El día 2 de octubre de 1938, cierra con un nimbo de paz una semana negra y trágica.

Adolfo Hitler, ha rescatado a tres millones de alemanes que recobran su dignidad de europeos libres entre cánticos y «hossanas».

Nuestro día 12 tiene este año un simbolismo nuevo. La fiesta

de la Hispanidad se celebra no con el recuerdo sino con la acción. Antes se celebraba esta fiesta entre nosotros con una exhibición del catálogo de nuestras glorias. Hoy se celebra elaborando glorias nuevas, añadiendo nombres en las páginas interminables donde figuran los héroes. Yo quiero, al recordar este día, dedicarlo a los camaradas chilenos, argentinos, mejicanos, cubanos, peruanos, filipinos, sudamericanos en fin, que pelean en las filas de nuestro voluntariado maravilloso y que nos han devuelto la generosa sangre que España les dió para orgullo de veinte pueblos, «sangre de Hispania fecunda» según exclamación rubeniana.

Dicen que cuando en la batalla de Churubusco, en que Méjico peleaba por su honor y por su independencia, era más fuerte el combate, un hombre maduro se dedicaba a recoger heridos y evacuarlos sobre sus anchos hombros al convento donde un heroico guerrillero criollo tenía en jaque a la fuerza yanqui diez veces superior. Cuenta un cronista que reconoció en aquel improvisado sanitario al famoso autor de «El Trovador», ex-sargento español, Antonio García Gutiérrez y que le gritó desde un parapeto:

—Antonio, que te van a matar, quítate de ahí.

—¡Qué importa! —replicó el poeta aventurero —¡es mi sangre, mi sangre!

García Gutiérrez pronunciaba, no sé si dándose cuenta, unas palabras casi sacramentales. Trasubstanciada en las carnales especies del indígena, la sangre española producía el milagro de una comunión imperecedera.

Al recordar la fecha del 12 de octubre, quiero traer a primer plano a estos camaradas, los caídos y los que están aún en pie arrogantemente por la causa de la Hispanidad, hoy amenazada en su versión ultramarina y tal vez pronto necesitada de guerrilleros como Anaya en Churubusco y de voluntarios españoles como el romántico García Gutiérrez.

La primera rosa de sangre joven para el pecho cansado de España, Matías Montero, se abrió en Madrid. La primera voz de mando para el impulso final, se dió en Madrid. En Madrid se redactaron las consignas dramáticas últimas. Porque en Madrid, en un 29 de octubre, lluvioso—charoles de guardias encapotados sobre sus caballos en Cuatro Calles, barrillo en el asfalto— la mano derecha de los camaradas en el bolsillo del gabán— se definía como en un concilio, la Fe de España en sus destinos. Se cerraba una era y se abría otra cuando José Antonio Primo de Ribera alumbraba venenos purísimos ante seis mil jóvenes españoles y les dotaba de una poesía castrense. Y cuando Julio Ruiz de Alda, cegados los ojos de horizontes sin fin, grabada en el alma la bárbara e incómoda topografía de España que él había visto tantas veces desde el aire, les decía a las escuadras falangistas palabras secas, duras y cortantes, palabras también incómodas, como la tierra que él amaba apasionadamente y sobre la que millones de campesinos se inclinaban cada día. Y cuando Alfonso García Valdecasas, con un aire de escolar iluminado quitaba, con su dialéctica fina como una espada, todos los velos que encubrían la verdad de España y la mostraba a sus camaradas desnuda y bellísima, golosamente modelada, casi con voluptuosidad.

Desde 1936, el día 29 de Octubre se celebra en España la Fiesta de los Caídos de Falange. Encabeza la lista, la solitaria rosa de la sangre de Matías Montero, abierta por un «victor» de escolares, alegremente, sobre los fríos granitos carpetanos de una calle de Madrid. ¿Quién sabe quién cerrará la lista que queda abierta de ahora en adelante para siglos? ¡Qué arcangélico destino el de aquel escolar que partió para su lucero como un querubín llevándose el número uno de las celestes oposiciones por España y por su gloria!

Tiene octubre su reflejo de victorias por Oriente para la causa de la cultura y de la civilización. La viejísima China, cansada e impávida, viendo pasar milenios frente a sus ojos oblicuos, se había dejado estoicamente atenuar por el dragón marxista, en una secreta esperanza de que un príncipe de las viejísima dinastías viniera a libertarla. Gentes pequeñas, con almendrados ojos irisados como perlas negras han roto las ligaduras de las ciudades cuyos cimientos se pierden en los senos milenarios. Hankeu y Cantón han quedado libres. En los últimos sampanes huyen por el río, lento y pastoso, las sombras de los agentes rusos pagados en oro.

Cantón recobra su destino de gran metrópoli oriental, de luminar de una cultura que no ha querido extinguirse y para ello acepta alegremente las banderas del Imperio que ha tomado sobre sus hombros la tarea de rescatar al Oriente para la Humanidad y arrebatárselo a la Barbarie.